

El cuento de la sirena

Rubén Fernández Páez



Capítulo 1

Autor: Rubén Fernández

Fecha de publicación: 29 de abril de 2022

Hace mucho, mucho tiempo, existía un reino en el cual todo el mundo era feliz gracias a un honesto y joven rey. Gracias a él, el pueblo no pasaba hambre, ni contraía enfermedades, dado a que el joven rey era tan listo, que se las ingenio para tener en el reino a los médicos mas avanzados de la época. Apenas había criminales en el reino, y los que había, eran tratados con respeto y con justicia cuando eran apresados y juzgados por el rey. De hecho, la gran mayoría de criminales, al ver la honestidad y la sinceridad de aquel joven rey, pedían perdón por sus crímenes, y estaban dispuestos a aceptar el castigo que el rey les quisiera imponer. Pero el joven rey, al ver que aun existía bondad en sus corazones, acababa concediéndoles el perdón, siempre y cuando, le prometieran, que nunca mas volverían a cometer crímenes contra él, ni contra el pueblo.

Promesa que todo criminal, cumplía.

Todo el reino admiraba a aquel joven rey, y todo el reino tenia todo lo que necesitaba y quería gracias a él. Todos, a excepción de uno... El propio y joven rey.

El joven rey tenia todo. Tenia dinero, tenia un reino, tenia comida, tenia médicos, trabajadores, mayordomos, caballos. Todo, menos amor.

Lo único que verdaderamente quería, lo único que verdaderamente deseaba tener con locura, era el amor, el amor de una reina, el amor... De una mujer.

Durante un tiempo, el rey estuvo buscando por todo el reino a su futura reina. Conoció a muchas mujeres, muchísimas, y todas, aun sabiendo que el rey era una persona leal, sincera, honesta y buena, rechazaron su propuesta de matrimonio.

Desesperado, el rey viajo por el mundo en busca de su prometida. Fue a otros reinos, a otras ciudades y países, pero no tuvo suerte en su viaje. Así que, acabo volviendo a su reino, triste, desilusionado, y con el corazón roto, creyendo que el amor, no existía para él.

Pero entonces, cuando llevo al reino, empezó a escuchar una canción, una canción cantada por una mujer con una agradable, mágica, y dulce voz. Al escucharla cantar, el joven rey busco y busco por la zona, pero no

encontraba a la mujer que cantaba, y no conseguía explicarse como podía oírla cantar sin que la mujer estuviera allí.

Desesperado, el rey comenzó a deambular por el reino en busca de la mujer que cantaba la canción.

Camino y camino, llegando a lugares en los que la voz de la mujer parecía remitir, y otros en los que parecía agrandarse, y cuando pasaba eso, el rey se alegraba, porque entendía que la mujer estaba cerca de donde se encontraba. La cuestión es que, tras una larga, e incesante búsqueda, el rey la encontró metida en el agua, en una pequeña playa que formaba parte del reino.

Al verla, el rey camino hacia ella, y la mujer, al escucharle, dejó de cantar, y se giro para verle.

Cuando la mujer se giro, el joven rey se quedo atónito, era la mujer mas guapa que había visto en toda su vida, y su corazón comenzó a latir aceleradamente al ver tanta belleza en un solo cuerpo. La había visto por primera vez, pero no necesitaba verla ni conocerla mas para saber que... Se había enamorado.

- Hola. Dijo el joven rey cuando estaba a tan solo unos pasos de la orilla, mientras estaba un poco atontando al ver tanta belleza junta.

- Hola. Dijo la mujer, un poco cortada, mientras le devolvía una sonrisa al joven rey.

Al ver su sonrisa, el joven rey no pudo evitar ponerse mas nervioso de lo que ya estaba.

- Eres... - Dijo el joven rey. - Eres muy guapa.

La mujer, al escuchar sus palabras, escondió la mitad de su cara bajo el agua de la vergüenza, y a los pocos segundos, la volvió a sacar y le contesto, con voz cortada:

- Gra... Gracias.

- ¿Eres tu la chica que cantaba? Pregunto el joven rey con curiosidad.

- Si. - Respondió ella, un poco mas confiada. - ¿Porque?

- Porque cantas de maravilla. - Respondió el joven rey, mientras daba unos pasos mas para acercarse a la orilla. - ¿Que era?, llevo oyéndote desde que llegue al reino.

- Era una canción de mi mundo. - Explico la mujer, mientras ahora ella también se acercaba a el, y le mostraba al rey parte de su cuerpo desde el agua, lo suficiente para que supiera que estaba desnuda. - Dicen, que las personas que la escuchan en la lejanía son aquellas que se sienten solas, o aquellas con el corazón roto, ¿Tiene usted el corazón roto, majestad?

- ¿Sabe quien soy? Pregunto, mientras caminaba mas hacia el agua e intentaba explicarse el motivo por el cual aquella mujer había dicho "*Mi mundo*".

- ¡Pues claro que si! - Respondió ella, mientras se alejaba del rey, y nadaba unos metros hacia el mar sin mover los brazos, cosa que sorprendió al joven rey, era como ver un busto desplazándose de un lado a otro. - Todo el mundo le conoce majestad, incluso en mi mundo. Su fama y su reputación le precede, pero responda a mi pregunta, ¿Se siente usted solo?

Al hacer aquella pregunta, la mujer comenzó a desplazarse de nuevo hacia el, y el joven rey se detuvo, con los pies metidos en el agua. Sabia que estaba pasando algo extraño, pero no le importaba, la belleza de aquella mujer era... Era maravillosa, y su voz era... Era encantadora. Se sentía como si acabara de encontrar un tesoro que no podía dejar de mirar.

Quería responderle que no, que no se sentía solo, pero por alguna misteriosa razón, el joven rey prefirió decirle la verdad. *¿Como puedo mentir a esta mujer tan bella?* Se dijo.

- Si. - Respondió, un poco mareado por el agua del mar. - Si, me siento solo.

- ¿Ha dejado de creer usted en el amor, majestad? Le pregunto la mujer, mientras le observaba desde el agua.

- Si.- Respondió el rey, de nuevo, creyendo que lo mejor era decirle la verdad.- Si, he dejado de creer en el amor.

- ¿Porque?, ¿Que le ha ocurrido para que piense eso? Quiso saber la mujer.

- Porque no encuentro el amor. - Le explico. - Llevo intentando encontrar a una mujer que me quiera desde hace mucho tiempo. He estado buscando a alguien que quiera ser mi reina, pero nadie quiere, todas las mujeres me rechazan a pesar de que saben quien soy y como soy. Por esa razón me siento solo, y por esa razón he dejado de creer en el amor.

- No diga eso. - Le rogó la mujer, y al hacerlo, saco su brazo derecho del

agua, y se lo extendió al joven rey. - Coja mi mano, y venga conmigo.

El joven rey dirigió la mirada hacia su bonita mano, y luego volvió a mirar a su dulce y agradable rostro.

- Venga conmigo. - Repitió la mujer. - Venga conmigo a mi mundo, y le prometo que le amare hasta el fin de sus días.

- ¿Porque dices "Mi mundo"? Pregunto el joven rey, extrañado.

- Porque no pertenezco a su reino. - Le respondió la mujer, mientras volvía a ocultar el brazo bajo el agua. - Ni tampoco a su mundo. Pertenezco al mundo azul, al reino del mar, soy... Soy una sirena.

Y al decir eso, le mostró al rey lo que ocultaba bajo el agua. Le mostró una aleta gigante, recubierta de escamas, que iba desde los pies (O al menos desde donde deberían estar los pies), hasta la cintura.

Al mostrársela, el rey no pudo evitar asombrarse, estaba frente a una sirena, una criatura mitad humana y mitad pez que solo existía en las leyendas y en las mitologías. Sabía que se trataba de un monstruo, probablemente uno que se había escapado del infierno, o puede que una mala creación de Dios, pero... Por alguna razón el... El seguía viéndola igual de hermosa. De hecho, al ver que tenía una aleta, y de que se trataba de una criatura marina, la quería mas que cuando la oyó y la vio por primera vez.

- ¿Crees... Crees que soy un monstruo? Pregunto la mujer, decaída, y con el rostro apagado.

- No. - Respondió el joven rey. - No te considero un monstruo. Creo que eres lo mas bonito que he visto en todo el mundo.

Al oír eso, la sirena le sonrió, cosa que agrado al joven rey.

Entonces, la sirena volvió a sacar el brazo, y se lo extendió de nuevo al joven rey.

- Si de verdad le parezco hermosa. - Dijo. - Venga conmigo, venga conmigo a mi mundo, y deja que le ame para siempre, deja que le ame... Hasta el fin de sus días.

- Si... Si me voy contigo, ¿Te casaras conmigo? - Pregunto el joven rey, mientras inconscientemente, comenzaba a mover los pies. - Si... Si me voy contigo, ¿Me prometes que seras mi reina?

- Si vienes conmigo. - Respondió la sirena. - Te prometo que me casare contigo, te prometo que seré tu reina, te prometo que seremos muy

felices juntos, y te prometo que te querré y te amare para siempre, hasta el fin de sus días.

- ¿Y me prometes que me cantarás esa canción todos los días?

- Hasta el fin de sus días. Respondió la sirena, mientras seguía extendiendo el brazo.

Y al oír su respuesta, el joven rey comenzó a caminar hacia ella poco a poco, metiéndose cada vez más en las saladas y frías aguas del reino, mientras a su vez, escuchaba la canción que le estaba cantando la sirena. La misma que ella había estado cantando antes de que llegara a la playa.

*Una flecha de cupido,
mi pecho atravesó,
e hizo que me enamorara,
de una frágil y dulce doncella,
que me rompió el corazón,
e hizo que perdiera mi fe en el amor*

*Hasta que encontré a la sirena,
que me querría y amaría,
hasta que me sumergiera con ella,
en el fondo del mar,
hasta el fin de los días.*

Entonces, cuando el joven rey estuvo lo suficientemente cerca de la sirena, cogió su mano, y ella siguió guiándole hacia el mar, hasta que finalmente, el joven rey fue cubierto completamente por el agua, y poco a poco, fue olvidándose de su reino, de su pueblo, del amor que andaba buscando, y de la sirena.

Después de aquel acontecimiento, el reino comenzó a decaer. El pueblo comenzó a pasar hambre dado a que no había comida, comenzó a enfermar, porque al no haber rey, los médicos habían decidido marcharse a otros reinos, los juicios y las detenciones comenzaron a ser más crueles e injustas, y todo esto hizo que muriera mucha gente. Hasta que

finalmente, el reino que aquel joven rey había construido y cuidado, acabo desapareciendo, junto a el.

FIN